



Con los ojos rojizos y la garganta maltratada por el tabaco, terminaban aquellas esforzadas noches de estudio, apurando las últimas migajas de tiempo antes del fatídico examen. Otra noche en vela; el cuerpo aturdido, cercano al desplome y en eso, casi imperceptible, el resonar de un canto de ave que se filtra por el resquicio de la ventana, mucho antes que la luz mortecina de otro amanecer arrollador. Fin de jornada; salimos a la terraza a ver Santa Cruz dormido, en sombra gris, y el comienzo del espectáculo.

Hay ciudades de despertar mortecino, con repartidores y autómatas que abandonan sus madrigueras recónditas para, poco a poco, ir llenando las calles de ajeteo y ruidos, hasta que sus arterias se colman de glóbulos humanos a la presión de un corazón desbocado. Santa Cruz, en primavera, tiene otro latir. Son los mirlos, madrugadores del alba, quienes dan la salida con sus prolongados cantos liquosos y semimetálicos. En pocos minutos la ciudad queda cubierta por una coral de ocultos cantores estratégicamente desperdigados por cientos de jardines anónimos. Y estos trinos tempraneros se te meten en el alma y en los recuerdos; y hoy, como entonces, te inyectan vitalidad y frescor para afrontar el nuevo examen del día a día.

Dicen que el hombre no puede romper del todo las ligaduras con su condición biológica. Que dentro de la artificialidad del medio construido y de la barroquización cultural de los instintos propia de la llamada civilización, siempre queda abierta una puerta en el subconsciente para detectar los elementos naturales. Nuestros oídos, olfato y raballo del ojo captan señales del mundo natural, imperceptibles a veces, huérfanas en medio del asfalto. Por suerte, el hombre sigue siendo animal, y yo me crié en Santa Cruz, como otros tantos, consciente e inconsciente de sus naturalidades ocultas.

Cuando cruzo hoy Las Ramblas, el crepitar de los "gongitos" caídos de los laureles de Indias transmiten a las suelas de mis zapatos un secreto casi atávico: camino por Santa Cruz. Más allá yace la flor roja, virgen y escandalosa de un tulipero del Gabón, y casi sin querer desvío mi andar para abordarle por el lado correcto y dejar caer mi pie sobre ella, bruscamente, para cerrar su boca primero o hichar la corola fundida que estalla con un ipaf! infantil. Algo parecido se consigue con los tubitos azules que botan las jacarandas, pero es mejor recogerlos del suelo, pinzar sus labios con los dedos y reventar la bolsita vegetal y celeste en la cabeza de tu hermano, que está de espaldas. Y ¡qué maracas las legumbres de los flamboyanes!...

Todas las ciudades tienen ruidos y mil artefactos que aturden los sentidos. Santa Cruz, también. Pero el ojo sensible sabe captar esa sombra parda que pasó fugaz frente al semáforo para posarse nerviosa en la enredadera del jardín vecino: un mosquitero, la más pequeña de nuestras aves urbanas. O cuando pasa una moto-puñeta que nos rasga los timpanos y crispera la cara, qué contrapunto si luego se deja oír el prolongado y arrogante repique de un capirote, rruiseñor de Canarias. ¿Quién no deja aplacar la vista borracha de tanto escaparate, acera y paso de zebra, en los flecos dorados de una hoja de palmera o el verde atrevido de los hibiscos?

Santa Cruz, es una ciudad de cal y arena, que te da verde y gris, para que puedas llenar tus sienas de clorofila y compensar el trepitar de esta alocada vida impuesta, tan ajena al *tempo* natural.

«Los recursos de nuestro planeta están siendo llevados a una situación límite. El aire está tan saturado con contaminantes que es probable que ocurra un cambio del clima; más y más radiaciones peligrosas llegan a la superficie terrestre; debido a las lluvias ácidas, los lagos y ríos están perdiendo la vida que los anima; y la mitad de los árboles de Europa muestran signos de enfermedad. La fertilidad de los pastos y de las tierras de cultivo está disminuyendo, y la erosión y la acumulación de sales están arruinando los suelos de vastas regiones, poniendo en peligro el futuro suministro de alimentos. La naturaleza se retrae. Cada año desaparece una área de bosque tropical equivalente a la superficie de Austria. Se desecan humedales...»

Cierro el libro y me entretengo en cambiarles el azúcar de sitio a una pequeña patrulla de hormigas argentinas que han trepado a mi mesa, en el kiosko. ¡Vaya faena!

Estoy frente al Parque, al de siempre; aquél que a medianoche se rasgaba con la llamada dolida, anhelante y exótica del pavoreal. Pero esta noche dejaré acompañar mi sueño con el sosiego de los grillos. Santa Cruz, siempre te recordaré verde.

ANTONIO MACHADO CARRILLO  
Biólogo